

Opinión

EN CARICATURAS

Rosas, Cauca, una tragedia anunciada



Tan considerados



Adelante con Guaidó



Aumentar la presión  
Sergio Muñoz Bata

Hace apenas tres meses de la histórica proclamación del presidente de la Asamblea Nacional, Juan Guaidó, como presidente interino de Venezuela, y ya los impacientes se cuestionan cuándo podrá celebrarse por fin una elección legítimamente democrática y creíble en ese país.

¿Es justa la impaciencia?, les pregunto a dos expertos en el tema. ¿Ha perdido impulso Juan Guaidó?

“No, de ninguna manera -me dice Charles Shapiro, exembajador estadounidense en Venezuela-, hay que ser pacientes”. Peter Hakim, presidente emérito del Diálogo Interamericano, coincide: “El cambio de gobierno no ha sucedido con la rapidez esperada, pero Guaidó sigue atrayendo multitudes, y el apoyo internacional a su causa sigue siendo muy fuerte”.

Coincidió, y reconozco que en tan solo 3 meses, Guaidó ha tenido logros espectaculares. Por primera vez en dos décadas, la oposición venezolana habla con una sola voz; las marchas de protesta contra el gobierno espurio de Nicolás Maduro son cada día mayores, y la opinión pública lo respalda: según la encuestadora Data-nálisis, el 61 % de los ciudadanos lo apoyan y solo un 14 %, a Maduro.

¿Basta con las marchas de protesta para persuadir a los militares de repudiar a Maduro?

“No, hasta ahora”, me dicen Hakim y Shapiro, pero ambos advierten que habría que distinguir en-

tre los soldados y los generales. “Los generales -dice Shapiro- son gordos felices, pero los soldados y sus familias deben de estar preocupados por el colapso de la economía”. Hakim afirma: “No debemos olvidar que muchos oficiales corruptos del ejército no quieren abandonar los privilegios y el dinero que hoy tienen. Por eso es indispensable ofrecerles una amnistía generosa, similar a la que se les ofreció a los militares brasileños y chilenos”.

También en el terreno internacional, Guaidó ha logrado que, por primera vez en la historia, los mayores países de América Latina, salvo México, hayan reconocido su interinato. Igual Estados Unidos y Canadá, y los principales países de la Unión Europea, como Alemania, Austria, España, Francia, Gran Bretaña, Suecia y otros 13 Estados que ya reconocieron también a Guaidó como presidente interino.

No es momento de dudas. Hay que aumentar la presión sobre Maduro para que se convoquen elecciones internacionalmente super-

visadas, que restauren el sistema democrático, mitiguen la polarización existente, y se reinicie la recuperación económica de un país que en el pasado fue rico.

¿Green ustedes que para remover a Maduro de su cargo es necesaria la intervención militar estadounidense?

“No -contesta Shapiro-, hay que esperar a que las marchas de protesta, aunadas al colapso de la economía y de la infraestructura, hagan que los empobrecidos soldados venezolanos accedan al cambio de régimen”.

Según Hakim, “no cabe duda de que una intervención militar estadounidense podría remover a Maduro rápidamente, pero sería contraproducente, reprobada por la mayoría de los países que hoy apoyan a Guaidó, y seguramente propiciaría un largo período de violencia en el país”.

El futuro inmediato augura mayor sufrimiento para la población por el efecto de las sanciones bancarias de Estados Unidos y, sobre todo, al petróleo venezolano, que, de hecho, lo eliminan del mercado estadounidense. Y si ya la economía del país se redujo a la mitad desde que Maduro tomó el cargo en 2013, las sanciones petroleras la reducirán un 26 % más. El petróleo genera el 90 % de las divisas fuertes del país.

Así las cosas, y entre muchos sacrificios para toda la población, lo único que queda es tener paciencia, continuar con la presión de las marchas de protesta, de las sanciones y de la opinión pública internacional para obligar a Maduro a negociar su salida del poder.



¿Desastre natural?  
Juan Pablo Calvás

Eufemismo

El diccionario de la Real Academia Española define eufemismo como una “manifestación suave o decorosa de ideas cuya recta y franca expresión sería dura y malsonante”. De ahí que hoy corresponda a esta columna una reflexión sobre el eufemismo que nos han querido embutir en los últimos dos días tras el deslizamiento ocurrido en el municipio de Rosas, Cauca.

“Desastre natural”, bautizan a la criatura. Y entonces todos empezamos a mirar la montaña y las incansables lluvias de este mes de abril como las culpables de estos lamentables hechos.

¿Desastre natural? ¿Acaso la naturaleza es la única culpable de lo que pasó? ¿No es un eufemismo mirar hacia el cerro y decir, como en el bolero, “usted es el culpable de todas mis angustias”?

No. La montaña no tiene la culpa de nada. Más bien empecemos a identificar, uno a uno, a los verdaderos culpables de esta emergencia que acabó con familias enteras y, de paso, dejó incomunicado el suroccidente del país por la inmensa masa de tierra que sepultó la vía Panamericana.

Arranquemos a nivel local. ¿Qué responsabilidad les corresponde a los alcaldes (porque tanto el actual como su predecesor pueden ser señalados por negligencia) ante un hecho como este? ¿No podían, a través del POT, declarar esas zonas como sectores en riesgo y de manera inmediata proceder a desalojar? ¿No debían los alcaldes y sus secretarios evitar la construcción de viviendas en esa zona de fallas geológicas?

Hoy, el alcalde finge de víctima. Hoy, él es quien hace el llamado para que los organismos de socorro colaboren en la atención de la emergencia. Hoy, él es quien se congratula de tener al presidente Duque visitando la zona de emergencia. ¿No debería ser, más bien, el primero en hacer un acto de contrición y reconocer que no hizo nada para evitar lo que pasó?

Ahora pasemos al nivel nacional. ¿Cuál de los gerentes del Fondo de Adaptación va a reconocer desidia en el desarrollo de un proyecto para reubicar a las familias que estaban asentadas en la zona de montaña? ¿Germán Arce? ¿Iván Mustafá? ¿Édgar Ortiz?

Arce, gerente del fondo durante una importante porción del gobierno Santos, firmó el 28 de octubre de 2015 un contrato por más de 4.000 millones de pesos con la firma Codiseño S. A. para ejecutar las obras de reubicación de las viviendas en el municipio de Rosas. ¿Sabe en qué plazo debía cumplirse el objeto del contrato? ¡Diez meses! ¿Sabe qué se hizo? ¡Nada! De ahí que todos los gerentes del fondo desde 2015 tengan responsabilidad en lo ocurrido. ¿Acaso Arce no debía asegurarse de que ese contrato se ejecutara? ¿No debió Mustafá encender alarmas por incumplimiento, proceder a revisar el contrato y de urgencia hacer la reubicación? ¿El gerente del fondo en el actual gobierno no debió hacer lo propio?

Pero hace falta ascender un poco más hacia el nivel central para encontrar otro responsable del asunto. ¿Qué alarmas encendió la Unidad de Gestión del Riesgo (UNGR) sobre el asunto?

Está claro que a nivel municipal y departamental estaba identificado el riesgo que corrían los habitantes del sector. Es evidente que esta información estaba en manos del Gobierno Nacional, no en vano había un proyecto del Fondo de Adaptación para mitigar el riesgo. ¿Pero acaso la oficina para PREVENIR este tipo de emergencias no es la Unidad de Gestión del Riesgo? Ante la pasividad de la administración local y del fondo, ¿no debería haber sido la UNGR la que evacuara a los habitantes de la zona de ladera?

Ni alcalde. Ni Fondo de Adaptación. Ni Unidad de Gestión del Riesgo. Nadie asume. Ahora vaya usted a darse un paseo por las rutas de Colombia y vea cuántas casas y barrios hay construidos en zonas inestables.

¡Qué más da si el eufemismo todo lo puede y siempre saldrá más barato echarle la culpa a la montaña!

@JuanPabloCalvas

A propósito de mingas



Contravía  
Eduardo Escobar

Vibró entre los adolescentes una onda de santidad inesperada, equiparable con la que inspirara a los seguidores de Joaquín de Fiore, que en el Medievo anticiparon la Reforma, al enjuiciar la fatuidad de las jerarquías eclesásticas romanas y la inmoraldad del clero raso de todas partes. Pero el Espíritu no se reveló con arrullos de palomas sino por la liserquina de los santos laboratorios de los niños de las flores, que enfrentaban la policía con diademas de margaritas, y ofrendas de claveles y guitarras. Entonces, la desnudez del canto gregoriano de los seminarios donde nos educaron cedió el espacio a la tropelía de los Rolling Stones. Y a los gemidos de gata drogada de Janis Joplin.

Unos se fueron al campo a sembrar apio, a fumar opio frente al mar, a probar las sutilezas del kundalini, la absorción de las linfas genitales de las muchachas; otros, a la selva, en busca de los aborígenes en quienes suponían una inocencia adánica redentora de nuestras miserias racionales y de las neurosis de la industrialización. Y el indígena dejó de ser un alfarero candoroso cuyas obras compraban los intelectuales de la izquierda exquisita en los antros de herumbres de los anticuarios para cuñalibros de sus bibliotecas ricas en Malinovskis. Se dijo que las tribus semidesnudas habían nombrado galaxias invisibles para los telescopios. La última sabiduría se ocultaba detrás de los muros de dientes de las pirafias de los caños. Y, como entre los joaquinistas, amenazaba el palpito pánico de la proximidad del apocalipsis.

Solo reversible por el retorno a lo mítico, a la sencillez del terrón, al mundo sustantivo sin adjetivaciones. El yagé, el borrachero, y el yopo restablecían la unidad con el alma del jaguar y el hilo del discurso de sabiduría interrumpido por la conquista.

Por el Cauca, el Putumayo, los laberintos de hojas del Amazonas y el Vaupés, bajo los cielos mojados de San Quinimí buscamos el rastro de los últimos nómadas que seguían las rutas de las castañas y desconocían la noción de casa. Pero al final encontramos unos proletarios comunes y corrientes calzados de Bucaramanga, con reloxes de oro de pacotilla, cantando rancheras y vallenatos, ahitos de cerveza, avergonzados de la ayahuasca de los abuelos, ganados por la desnutrición y la melancolía. A los catecismos y las biblias se había juntado el abejorreo de los radios de pilas. Por donde pronunciaba la serpiente del paraíso de las ondas hercianas su promesa del futuro electromagnético.

Un sobrino mío, esculcando el árbol genealógico de la familia, encontró entre nuestros átvamos una

princesa chibcha que paró en un mercado cartagenero como mercancía. Y yo qué hago con esa sombra de una identidad ilusoria de raíces resacas, con esa guaricha de fábula. Hoy me siento incapaz de definir el ser del indígena más que como un cualquiera como yo. No como una comunidad genética, racial, religiosa o cultural. Más bien, como la nada de una circunscripción electoral. Indígenas somos todos para la etimología. Pero los galimatías jurídicos, que se niegan a consultar la realidad, tergiversaron el concepto en un estamento imponderable, con la fofa retórica académica de cosmovisiones inexistentes, para legitimar espacios sagrados de donde ya se fueron los dioses rana. Es una triste abstracción el indígena coronado de plumas de hoy. Difraza lo irrecuperable con una pantomima sin contenido para mantener unos privilegios irrisorios. Mientras el resto de la humanidad gatea hacia las estrellas, el mundo se robotiza y triunfa el artificio ante la cruel opacidad del estado de naturaleza. Todos habitamos la misma tierra despedazada a azadonazos de esperanza. La exclusión del resguardo alarga la humillación de los sobrinos de Pacha Mama hipostasiados por la corrección política en una irracionalidad confortable. Los últimos nómadas mendigan por las aldeas del Guaviare. Los restos del vasallaje del Imperio inca incendian las carreteras en Caldoño. O distribuyen yagé entre las señoras sofisticadas empeñadas en romper el arcano de la rastrojera. Lo demás son las fantasías de los antropólogos. Que de algo han de vivir.